



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

EL COLIMBA

por **MIGUEL RODRÍGUEZ AYÇAGUER**

EL COLIMBA

Martínez espera sentado en el cordón de la vereda frente al quilombo. Las tres de la madrugada y nada. Revisa recuerdos para animarse, darse coraje. Recuerda el ingreso a la colimba.

-- Sáquense la ropa, tosan, respiren hondo, abran el culo.

Recuerda el viaje al Sur, junto a otros diez chicos, diez negritos como él. Recuerda las largas horas del viaje, la llegada a Bahía Blanca, el cuartel.

Hace años que caza en el monte. Caza para comer, mata al primer tiro, con un solo cartucho. Si gasta más cartuchos, las municiones resultan más caras que la presa.

Desde los 15 maneja la vieja camioneta del abuelo. A los 17 le dieron un camión con 18 toneladas de madera con el que atravesó medio país. Sin registro. Hasta los 25 manejó sin registro.

El asunto empezó con las primeras prácticas de tiro. En realidad, fue con su llegada al cuartel. El sargento Gómez lo mandó a lavar las letrinas por haberle respondido.

-- A un superior no se le contesta, negro atrevido.

-- A mí, hábleme bien.

-- Vos sos un atrevido – gritó Gómez.

-- No señor, yo a usted lo respeto, pero respéteme a mí, no me grite.

Gómez intenta empujarlo y él le detiene el gesto en seco con la mano izquierda. Gómez calla y evita el escándalo frente a los otros conscriptos.

El ejercicio de tiro empeoró las cosas. Para la mayoría de los conscriptos tirar era algo nuevo. Cuando llegó su turno el sargento percibió de inmediato que sus tiros eran precisos y daban en el blanco.

A medida que pasan las semanas, Martínez aprovecha las horas de tiro para destacarse. El sargento no deja de observarlo. Un día lo lleva al depósito de armas y abre frente a él una vitrina.

-- Elegí el arma que quieras.

Sin achicarse, Martínez elige una pistola.

-- ¿Sabés manejar?

-- Manejo camiones desde los diecisiete.

-- No te agrandés. Vamos a ver cómo manejas éste.

Subió al camión militar, arrancó y no paró hasta llegar al polígono de tiro. El sargento lo desafió. Se decía un experto con la pistola y lo demostró. Martínez no se quedó atrás.

El teniente lo llamó a su escritorio.

-- Estuve mirando su legajo. Impecable. Todos lo recomiendan. El Presidente ha firmado su legajo en persona. El Ministro de Defensa también; dice que lo ha acompañado en varios viajes. Ni el Presidente ni el Ministro firman muchos legajos, eso habla muy bien de usted.

Martínez solo piensa en la vuelta al monte. Basta de negro humillado.

-- Lo he recomendado para una distinción. Ya se enterará.

Una semana más tarde lo llama de nuevo y le entrega un papel.

-- Ha sido favorecido con un puesto en la Fragata Libertad, un recorrido por el mundo durante un año.

Martínez no se muestra feliz ni emocionado.

-- ¿Qué pasa, Martínez?

-- Quiero pedir la baja, señor.

No quiere un año afuera sin ver a la familia; no quiere treparse a los mástiles de la Fragata, no quiere más humillaciones.

-- Se equivoca, Martínez, pienselo y volvemos a hablar.

Unos días más tarde vuelve al despacho del teniente.

-- Lo he pensado, señor. Acepto, señor. Quiero hacer ese viaje por el mundo.

El teniente parece disgustado. Tiene su legajo en la mano.

-- Hay una denuncia por desobediencia a un superior, Martínez. Le gritó a un sargento y lo empujó, dice el expediente. Ese comportamiento lo baja de la Fragata en forma automática. Su foja de servicios no es la que recibe el premio con que se gratifica a los mejores.

“La puta que lo parió al sargento Gómez. Gómez me batió. Gómez bocinó”.

-- Hubo una discusión, señor, es cierto. Pero sin importancia, si me encontrara con él podría disculparme y se olvidaría el asunto.

-- ¿Estaría dispuesto a disculparse con el sargento Gómez en forma incondicional?

-- Puedo disculparme porque le grité, pero no puedo darle la razón. Soy un marino, a mí me enseñaron mi superioridad y me ensañaron a defenderla, señor.

Ahí terminó el viaje. A la Fragata subirá como turista cuando esté amarrada en el puerto. Pero el sargento Gómez se las pagará.

Las cuatro de la mañana. Con el culo helado, sentado en el granito del cordón. Muerto de frío y nada. El sargento sigue adentro. La puta que lo parió, que salga de una vez. Se tomaría una birra, pero no puede moverse. La guardia no se abandona. Otra media hora más de espera. El sargento asoma a la puerta, mira a derecha e izquierda y toma el camino del cuartel. Escondido tras el tronco de un plátano, contiene el aliento, quieto. El sargento marcha rápido. Lo deja que camine otra cuadra. Allí hay menos luz. La calle está vacía, no hay un humano a la vista. Se ata el pañuelo al cuello cubriéndose la cara. Corre. Le salta de atrás. Lo arroja al suelo y le tira una trompada a la mandíbula. Otra en la nariz. El sargento no alcanza a defenderse. Sigue golpeando. La mano húmeda por la sangre que salió al romperle la nariz. El sargento parece desorientado, no grita, apenas se queja. Pega, pega en la cabeza, pega en el pecho, pega en los brazos que buscan detenerlo. Lo pone cara al cielo y le pega una patada en los huevos. Sigue pegando. Patadas en el pecho, patadas en el culo. No lo insulta, no le grita, no emite una palabra que pueda identificarlo. Mudo. “Un vengador mudo”. Sonríe ante la ocurrencia.

En la oscuridad de la noche es sólo un negrito, uno entre las docenas que duermen en el cuartel. Se cansó de pegar. El sargento quedó tirado en la calle. Corre, corre sin parar, corre hacia los fondos del cuartel. Los nudillos le duelen pero no tiene heridas, la sangre no es suya, la limpia con el pañuelo y lo tira en una zanja.

Vázquez está de imaginaria en la puerta posterior del cuartel. Que su amigo estuviese de turno le marcó la noche para el ataque. Vázquez lo saluda y busca el libro para anotar su ingreso.

-- Poné que vine a las dos, boludo.

-- Dale.